

Prólogo
Crónica de un fracaso
estatal anunciado

Hace unos meses hicimos una encuesta entre inversores y gestores sobre cuáles habían sido las causas de la crisis financiera.

Las respuestas fueron muy interesantes y diferentes, pero podrían converger en un mensaje: toma de riesgo excesivo ante un entorno de tipos de interés bajo y sobreabundante liquidez. Lo que, a su vez, nos conduce a unos estados y bancos centrales que lanzaron el mensaje de «no se preocupen, todo va bien, que aquí estamos nosotros para garantizar que se eviten shocks», que, por supuesto, no cumplieron. Porque no podían. Ni pueden. Vivimos en unas economías tan intervenidas que asumimos, casi como una religión, que los estados y sus bancos centrales son omnipotentes y pueden cambiar el rumbo de la economía a su placer, garantizando crecimiento eterno. Olvidamos, por supuesto, que los bancos centrales y estados siempre son reactivos y, como tales, cuando ponen en marcha procesos de incentivos perversos, tipos bajos, expansión monetaria y estímulos injustificados, empujan a los agentes económicos unos cuantos pasos más cerca del borde del precipicio.

Es interesante también comprobar cómo ese proceso de «toma de riesgo excesivo» nos pasaba desapercibido cuando vivíamos la fiesta del crecimiento eterno, las compras megalómanas y el endeudamiento. Un claro ejemplo lo vivimos en España. Un país que, supuestamente, crecía más que ninguno otro y cuyo modelo económico era un milagro y la envidia del mundo entero. Alemania, sin embargo, aplicando recetas de austeridad y

recortes presupuestarios promovidos por el canciller Schröder, se lanzaba al «abismo del estancamiento», según comentaba el diario *El País* en el año 2004.

A muchos economistas ese modelo de crecimiento, apalancado y orientado al ladrillo y a la «inversión» —malgasto— estatal, les sonaba: lo habían visto antes y, como en tantas ocasiones, sabían que terminaba mal. De hecho, el crecimiento de España, excluyendo el efecto de deuda, fue muy bajo durante la burbuja, según cifras del FMI y el BBVA. Sin embargo, en un mundo acostumbrado a repetir las formulas keynesianas de aumentar el gasto, endeudarse y dar la patada hacia delante, aunque no funcione, tendemos a negar los problemas, a ignorar los riesgos y a buscar repetir los mismos errores.

En este libro encontraremos un análisis muy detallado y ameno de aquellos errores graves que se cometieron y cómo apartamos la vista e ignoramos sus consecuencias. Efectivamente, hoy nos quejamos de unas políticas de austeridad que dicen que nos ahogan. Sin embargo, no podemos hablar de austeridad cuando el gasto estatal, la deuda y los déficits públicos siguen alcanzando máximos históricos. Lo que ocurre es que estamos acostumbrados al malgasto y al dinero fácil como fenómenos «normales». Queremos recuperar el 2005-2007. Solo hay un problema: es imposible, no funciona.

Olvidamos que los recortes de hoy son consecuencia del exceso de gasto del pasado, que las políticas expansivas no evitan dichos ajustes presupuestarios, como estamos viendo en Estados Unidos o Reino Unido. Olvidamos que las soluciones monetaristas y expansivas no solucionan modelos económicos de baja productividad y obsoletos: los perpetúan. Y los efectos negativos de cerrar los ojos, imprimir y esperar que escampe son obvios. Recesión en Reino Unido, deflación en Japón, estancamiento en Estados Unidos. Y el paro, ese supuesto objetivo social de las políticas intervencionistas de estados y bancos centrales, no solo no baja, sino que las condiciones laborales empeoran. Porque las políticas expansivas no crean confianza, solo desconfianza. Y llevan a algo que pocos economistas keynesianos son capaces de

explicar: la velocidad del dinero, reflejo de la actividad económica, se desploma. ¿Su solución? Repetir lo que ha fracasado. Nunca es suficiente, y si no funciona... es porque no se ha hecho de manera contundente.

El problema del sobreendeudamiento radica en que nos da una falsa sensación de poder, de riqueza, y nubla la prudencia a la hora de gastar o invertir. Y que cuando se acaba, el efecto «resaca» es peor de lo que nadie imaginaba. Se empieza justificando la deuda para «hacer inversiones de crecimiento» y se acaba despilfarrando en gastos tan «sociales» como las decenas de miles de millones que pagamos en subvenciones. Se empieza pensando que se pagará con crecimiento, luego que se pagará con más deuda de fondos exteriores, después que se pagará con más impuestos y, finalmente, se quiebra.

Desde 2003, cada euro nuevo de deuda ha generado productividades marginales cero y, desde 2004, negativas, según Goldman Sachs. Es el «umbral de saturación de deuda» que ignoran nuestros políticos, siempre dispuestos a gastar hoy el dinero de las generaciones futuras. Efectivamente, la deuda puede ser buena cuando se invierte de manera prudente y cuando no alcanza unos niveles inaceptables. Pero, como en todos los procesos de descontrol inversor, llega un punto en que nunca nos parece alta.

Siempre nos parece que «nuestro caso es distinto» —mi deuda sobre PIB es menor que la de Japón—, que «a mí no me va a pasar» —España no es Grecia— o el socorrido «yo estoy mal pero el otro está peor» —la deuda privada es mayor que la pública—. Son mensajes que solo buscan justificar un comportamiento que, en nuestro interior, somos conscientes de que es inaceptable. Solo queremos que, aunque sepamos que no es lo correcto, nos siga fluyendo el dinero.

Es curioso, porque el proceso de expansión salvaje de los balances de los estados y sus bancos centrales siempre se tiñe de un aura «social», diciendo que se busca bajar el paro y reducir desigualdades, cuando en realidad es profundamente anti-social y extremadamente injusto: porque premia al endeudado

y al que invierte mal, penalizando con impuestos e inflación al ahorrador, al prudente y a una clase media que está siendo aniquilada por las políticas de sostener a bancos y a estados elefantiásicos e insolventes.

El Estado, efectivamente, no es una empresa. Y, como tal, debe también diferenciar su capacidad de endeudamiento. Porque la deuda privada se contrae libremente. La deuda privada excesiva se repaga con ampliaciones de capital, desinversiones y caja libre. Si la empresa no puede pagarla, quiebra, se venden sus activos y se liquida. Sin embargo, la deuda pública es impuesta obligatoriamente. Además, la deuda pública se repaga con más impuestos y más recortes y, si no se paga, se termina arruinando a los ciudadanos. Importantes diferencias.

Nos repiten ahora, una y otra vez, que el estado tiene que gastar cuando ahorran las familias y empresas para compensar, sostener la actividad económica y, luego, cuando llega el crecimiento, entonces es cuando toca ahorrar. Excepto que, oh sorpresa, en épocas de bonanza los estados no ahorran. ¿Saben cuál es el número de países de la OCDE que han visto reducido su gasto público en épocas de bonanza en los últimos veinte años? Cero.

Es entonces cuando el sobreendeudamiento se convierte en norma, cuando corremos el riesgo de pasar de saturación de deuda a una saturación impositiva que genera destrucción de crecimiento, riesgo de descapitalización y quiebra.

La deuda en sí misma no es mala. La deuda es mala cuando no genera ninguna rentabilidad. Y, como sucede en cualquier otra actividad económica, hay «inversiones sociales» que no generan rentabilidad económica y son aceptables, pero estas no pueden acaparar y sobrepasar a las inversiones que sí generan rentabilidad, porque de lo contrario entramos en una espiral de gasto que implica más deuda y más impuestos, un mayor empobrecimiento, menos ingresos, el mismo gasto, más deuda y la quiebra.

Piensen lo bien que estaríamos hoy si en 2005, cuando multiplicábamos nuestra deuda por dos, hubiéramos hecho una

huelga con una buena pancarta diciendo: «no hipotequemos a nuestros nietos». El despilfarro, el gasto y la deuda siempre se toleran. Pero no se suelen valorar sus consecuencias.

Los beneficios de planificar para cuadrar gastos e ingresos son muy fáciles de entender: si se equivocan, y el país crece más, se ahorra y se mitigan los impactos si se vuelve a la crisis. Vamos, lo que todos ustedes hacen cada día. Lo malo de la política de la cigarra es que cuando llega el invierno ya no queda nada y, lo que es peor, se depende de la caridad (del BCE, del FMI o de quien sea), que suele venir acompañada de exigencias que nos empobrecen y nos hacen menos libres. Esta crisis debería enseñarnos a desconfiar de los incentivos perversos, de los cantos de sirena de la expansión ficticia y de las llamadas a tomar riesgo provenientes de estados y políticos cuyo historial de aciertos en sus inversiones y predicciones sobre el futuro es francamente atroz.

¿Quiénes generaron esos incentivos perversos? ¿Cómo se llegó a esta situación? ¿Es la solución a la crisis llevar a cabo las mismas políticas que nos condujeron a ella? ¿Qué papel tienen los bancos centrales y los estados a la hora de poner en marcha mecanismos de crecimiento? En este libro, que recopila algunos de los excelentes artículos de Juan Ramón Rallo sobre la crisis, encontrarán muchas respuestas. Muchas de ellas les sorprenderán, porque no van orientadas al «efecto placebo» que nos intentan vender los economistas estatistas. Pero recuerden: que haya consenso entre algunos profesionales no significa que tengan razón. Y a las pruebas y datos me remito: el problema de defender las políticas expansivas y estatistas es la evidencia empírica de sus fracasos. Y cuanto más se aplican, más contundentes se vuelven los argumentos en contra.

Este libro les ayudará a entender mejor la crisis, valorar distintas opciones, cuestionar los dogmas establecidos y llegar a sus propias conclusiones. Además, ofrece soluciones. De ahí que se trate de un libro imprescindible que merece la pena consultar una y otra vez ante las recurrentes tentaciones de los diferentes gobiernos por repetir formulas caducas e ineficaces... pero,

eso sí, consensuadas. Como decía Margaret Thatcher, el consenso es el abandono de toda creencia, principio y valores, por lo tanto solo es algo en lo que nadie cree y, por supuesto, nadie cuestiona. Evitémoslo.

DANIEL LACALLE

Introducción

Han pasado justamente dos años desde que escribí la introducción del anterior volumen de *Crónicas de la Gran Recesión (2007-2009)*. Era 19 de abril de 2011 y la mayor parte de los acontecimientos que se relatan de forma seriada en el presente libro todavía no habían acontecido: sí, Grecia, Irlanda y Portugal ya habían sido rescatados y Zapatero había anunciado que no se presentaría a la reelección, pero por aquellas fechas todavía imperaba la sensación mayoritaria de que resultaba inaplazable un cambio de fondo en la política económica europea después de que ciertos países, entre ellos el nuestro, se hubiesen excedido durante años en sobredimensionar su sector público y en oprimir regulatoriamente a su sector privado.

De hecho, dentro de España no eran pocos quienes esperaban que ese cambio de rumbo lo impulsara el Partido Popular una vez alcanzara la mayoría absoluta en las elecciones generales. Mariano Rajoy iba a ser, según el sentir de muchos de sus votantes, el que enterrara al desastroso régimen zapaterista y trajera nuevos aires a la depresiva economía española. Empero, su entronización guardó muchas más semejanzas con la conservación de las esencias socialdemócratas y keynesianas de Zapatero que con su demolición. No tanto por su discurso —que también, aunque con una retórica mucho más engañosa que la de su predecesor— cuanto por sus elocuentes decisiones políticas: salvajes subidas de impuestos, rebajas muy insuficientes del gasto y cosméticas aperturas de muy poquitos mercados. En suma, durante su primer año de mandato, el líder de los populares se dedicó a apuntalar las ruinas del infinanciable socialismo español.

Sin embargo, ni unos ni otros han querido asumir que Rajoy era el auténtico continuador del quebrado keynesianismo zapateril: los populares, porque llegaron al poder y camelaron a las burocracias europeas ondeando la bandera de una austeridad que luego solo han sabido pisotear; los socialistas, porque quisieron basar su labor de oposición en la populista lucha contra unos timoratos y muy parciales recortes del gasto público que ellos mismos se hubiesen visto obligados a aplicar en caso de haber continuado en La Moncloa. Fue así, mezclándose en nuestra arena política el hambre con las ganas de comer, como se fraguó el mito de que el Ejecutivo popular aplicó con contumacia una ejemplar política de austeridad cuyas repercusiones se desplegaron en forma de agravada recesión e irreversible destrucción de empleo.

De ahí que, dos años después de escribir la introducción de *Crónicas de la Gran Recesión (2007-2009)*, el sentir mayoritario de los españoles sea bastante distinto al de aquel 19 de abril de 2011: de la esperanza se ha pasado a la decepción; del optimismo, a la resignación; y del convencimiento sobre la necesidad de austeridad, a la sensación de agotamiento y hastío. Un auténtico vuelco social que deriva de la mojigatería keynesiana del PP y que siembra serias dudas sobre la posibilidad de que nuestra economía complete el proceso de reajuste productivo y financiero que necesita para escapar del lodazal en el que fue sumergida años antes por la burbujeante actuación del Banco Central Europeo.

Mi opinión del Partido Popular fue desde siempre mucho menos entusiasta que la de la mayoría de las personas que ansiaban el cambio de gobierno, y así intenté hacerlo notar constantemente en mis distintas columnas periodísticas. Antes de y durante su gobierno, busqué dejar bien clara la gigantesca diferencia que existía entre la política económica liberal que requería este país y la vergonzosa caricatura que figuraba en la agenda de Rajoy. Por eso, precisamente, ni me sentí decepcionado, ni resignado, ni hastiado ante el ulterior fiasco de nuestra economía: fui consciente desde un principio de la magnitud del desafío reformista

que teníamos por delante y de la absoluta renuencia e incapacidad del PP por afrontarlo. Por eso también sigo convencido de que la solución de los problemas de España pasa por el liberalismo: básicamente porque en las últimas décadas, y especialmente en los últimos años, solo hemos padecido un grotesco y fracasado estatismo que ha engendrado la práctica totalidad de nuestros problemas actuales.

Este libro, que recopila los artículos escritos a caballo entre la descomposición del zapaterismo y el primer año de gobierno zapaterista de Rajoy, es buena prueba de ello, por lo que espero que sirva para proporcionar al lector una narrativa medianamente hilvanada y a pie de actualidad sobre el fiasco que ha supuesto para España el intervencionismo travestido de liberalismo y sobre por qué el auténtico paliativo a nuestra sangrante depresión sigue estando en los mercados libres y en los Estados ultralimitados. El liberalismo y la austeridad no han fracasado simplemente porque no se han llegado a aplicar, ni en España, ni en la inmensa mayoría de Europa, ni en EE.UU.

En suma, si las crisis suelen definirse como aquellos períodos en los que muere lo viejo sin que nazca todavía lo nuevo, a nadie debería extrañarle que nuestro país siga sumergido en una crisis: lo viejo (el estatismo keynesiano manirroto) está agonizando en la insolvencia, mientras que lo nuevo (la extensión del capitalismo) continúa sin emerger debido a la represión fiscal y regulatoria ejercida por nuestros liberticidas políticos. Ojalá en *Crónicas de la Gran Recesión III (2013-2015)* no debamos constatar que lo nuevo que terminó naciendo fue un intervencionismo estatal todavía más pauperizador que el que estamos padeciendo.

JUAN RAMÓN RALLO
Madrid, 19 de abril de 2013

1.

Sorpresa: los Estados también quiebran

Durante los últimos años, los economistas más irresponsables de medio mundo han venido reemplazando la imperiosa necesidad de corregir los desajustes de nuestras economías por la conveniencia de inflar el gasto público. En momentos de crisis, nos decían, el Estado tiene que sustituir a un sector privado paralizado por la incertidumbre y cuyas demandas de bienes de consumo y de bienes de inversión han desaparecido.

Portentosa huida hacia delante similar a la de esos malos estudiantes que, no satisfechos con haber suspendido un curso entero en la universidad, duplican el número de asignaturas matriculadas al año siguiente para aparentar que siguen en la brecha.

Debería haber sido evidente desde un principio que la deuda pública no constituía un activo para una economía, sino más bien, y como dicta su naturaleza, un pasivo. Solo aquellos que se han inyectado a Keynes en las venas pueden pensar que una borrachera de gasto y endeudamiento generará la riqueza adicional suficiente como para autofinanciar el propio torrente de despilfarro.

Al fin y al cabo, el economista inglés se burlaba de los economistas clásicos por creer (en realidad no lo creían, pero él manipuló su pensamiento hasta el punto de que todo el mundo ha terminado por tragarse sus tergiversaciones) que «toda oferta genera su propia demanda». «Pobres ignaros decimonónicos», pensaban altivos desde su atalaya los economistas del s. XXI pertrechados de modelos macroeconómicos a cada cual

más irreal. Pero lo cierto es que los sucesores de Keynes se han creído a pies juntillas otra máxima más ridícula si cabe, la de que «todo endeudamiento público genera sus propios ingresos fiscales».

Y así, llegamos a donde nos aseguraron que nunca llegaríamos si seguíamos sus recomendaciones, si aplicábamos a rajatabla ese libretto mal escrito y peor razonado de *La Teoría General*. Grecia al borde de la quiebra y tras ella... España. Eso afirma Roubini, Dr. Doom, el gurú que tanto prestigio ha ganado durante esta crisis y también el mismo que ha avalado esta política de endeudamiento masivo: «Si el sector privado no puede gastar, las antiguas y tradicionales políticas keynesianas de gasto por parte del Gobierno se vuelven a convertir en necesarias», nos prescribía poco después de la caída de Lehman Brothers.

Ya ni siquiera los más entusiastas partidarios del gasto público se atreven a negar la posibilidad de que algunas economías quiebren y, por ello, se afanan en buscar excusas con las que justificar por qué las economías que más ajustes necesitaban —y que menos ajustes han implementado gracias al manto protector de la deuda pública— siguen hundiéndose en la miseria, pese a que sus Estados —incluyendo a nuestra España— han sustentado perfectamente la menguante demanda privada, tal y como ellos recomendaban.

Hace dos años, algunos —tampoco demasiados— marcamos el objetivo hacia el que deberían orientarse las finanzas públicas para favorecer una pronta recuperación: bajar los impuestos y reducir aún más el gasto público para así amasar superávits. La lógica era palmaria: España —Occidente en general— tiene un problema de excesivo endeudamiento que solo puede paliarse incrementando durante varios ejercicios el ahorro, para lo cual será necesario recortar el consumo privado y también el público. Menos impuestos y menos gasto habrían permitido reducir la deuda pública y privada, colocando a nuestras sociedades en posición de volver a invertir y prosperar.

Pero no, se aplicó justo la receta opuesta: incrementar desproporcionadamente el gasto para aparentar que seguíamos siendo

ricos mientras nos hundíamos en la miseria. Ahora no solo tenemos que realizar los duros ajustes que deberíamos haber acometido hace años, sino que, en el caso de España, debemos hacerlo con la gravosa carga adicional de unos 150.000 millones de deuda pública, acumulada en 2008 y 2009.

Es el síndrome del nuevo rico incapaz de administrar sus finanzas y que termina por arruinarse. Nuestras élites políticas e intelectuales no estaban maduras, pues desconocían y desconocen cómo funciona una economía de mercado. Solo les ha faltado que el consenso económico internacional —que ya quebró cuando estalló la crisis y que se vuelve a resquebrajar ahora que la ha acentuado en varias partes del globo— les haya dado ánimos para seguir gastando y endeudándose. Algunos, como ese insigne propagandista llamado Paul Krugman, incluso se atreven a afirmar que el problema es que nuestros Estados no se han endeudado lo suficiente.

Pero ahí tenemos las consecuencias de su vademécum: los mismos que creían que no existía «otra política económica posible» son los que ahora anuncian apesadumbrados y como si no fuera con ellos la quiebra de los eslabones más débiles de la economía mundial. Pues nada, a seguir así, a ver si con Obama como aliado también conseguís cargaros la economía estadounidense previa ronda de lloros, lamentos, excusas y unos cuantos «yo no fui».

(Libertad Digital, 4 de enero de 2010)